

cruza los brazos y agita las manos, todo con desesperante lentitud, y se finge arrojada al suelo como vencida el rato que se tarda en contar hasta cien. Sus caderas permanecen inmóviles: el baile es decente hasta el punto de no verse apenas los pies de la bailarina; sólo sus extremidades se agitan como las antenas de los insectos enfermos ó como las patas de las arañas moribundas sin que pueda adivinarse qué sentimientos quiere expresar. De cuando en cuando, sus compañeras prorrumpen en gritos lastimeros, parecidos á los maullidos del gato mientras ella murmura una especie de canto funerario de ininteligibles palabras.» Esto no obstante, han procedido con sobrada precipitación los que en esta lentitud de las danzas han querido ver una expresión «de funeraria tristeza y profunda melancolía» pretendiendo que no podía expresar aquel enervado pueblo de una manera más enérgica «el sentimiento de una existencia sometida desde hace 20 siglos á la esclavitud y á la humillación.» Estas danzas mímicas son refinamientos de la supercultura oriental. El pueblo conoce algunas danzas salvajes que se bailan formando círculo y que vemos descritas en la misma isla de Formosa como especialidad popular no destruída todavía por la civilización china, siendo realmente extraño que no se contente con las danzas mímicas con que se celebran las solemnidades tristes y alegres.

Los malayos son muy aficionados á las fiestas y á los juegos, pero sus alegrías no son estrepitosas. Como Tylor hablando de las fiestas análogas de los mejicanos, censura Jagor «la molición é indiferencia» de las fiestas religiosas de los malayos filipinos. Y sin embargo existen en este punto diferencias entre los distintos pueblos. Los malayos propiamente dichos son más formales que los dajakes, los cuales pecan de más despreocupados y por regla general en los territorios orientales del archipiélago la existencia es más franca y alegre que en las occidentales en donde reinan el silencio y la desconfianza. Las fiestas populares propiamente dichas tienen un carácter particular; en las que se celebran después de los ayunos ó cuando sube un nuevo príncipe al trono, los soberanos reciben á todo el mundo sin distinción de personas. Celébrase otra fiesta en la cual hombres y mujeres viven en tiendas y cabañas levantadas en el campo disfrutando de gran libertad, haciéndose recíprocas visitas y cantándose los *pantunes* con acompañamiento de violín y tamboril: las danzas, las pantomimas y los cantos no cesan de día ni de noche. Hay también algunas otras danzas que se prolongan durante todo un día ó toda una noche, mereciendo entre ellas especial mención la que con el nombre de *Tokí* se baila en Halmahera con ocasión de los funerales: jóvenes y muchachas se colocan de dos en dos frente á frente y una pareja al lado de otra, siendo las parejas de individuos del mismo sexo; cada uno da la mano derecha al que tiene enfrente y acercándose luego unos á otros forman una calle por la cual ha de pasar un niño á quien, en el entretanto, se le han lavado las manos y los pies. Este niño en el momento en que ha sido colocado sobre el primer par de manos empieza á entonar una cantilena á la que contestan las parejas de la fila con la estrofa de una canción; á medida que el niño va pasando por las manos de la cadena apoyando las suyas en los hombros de los individuos que forman la pareja que lo sostiene repite su cantilena que es contestada cada vez con una nueva estrofa, y cuando ha pasado por encima de algunas parejas éstas van á formar al otro extremo continuando así la cadena. El juego continúa hasta que se ha dado ocho veces la vuelta á la casa, después de lo cual el niño se baja comenzando entonces la ceremonia usual de tirar de la cuerda, de que nos ocuparemos más adelante. Esta

sucesión de ceremonias dura desde la tarde hasta la mañana siguiente cuando el sol está muy alto sobre el horizonte. Los alfures para bailar la danza de los muertos se colocan en fila hombres y mujeres mezclados y pasándose los brazos por los hombros forman un círculo cerrado que, en medio de grande algazara, se mueve de derecha á izquierda mientras una orquesta de viejas toca fuera del ruedo. La siguiente descripción de una danza guerrera ejecutada con espadas y escudos en las Celebes apenas permite reconocer las antes mentadas muestras de tristeza y de enervación: en ella todo el cuerpo está en movimiento, saltando, doblándose y tambaleándose sin cesar; los rostros hacen muecas salvajes y todos los movimientos de los brazos, de las piernas y del cuerpo siguen el compás de la música que hace el acompañamiento y que se parece mucho á la galop. Al terminar, todos los que han tomado parte en la danza cogen la espada y el escudo y los colocan delante de aquel que, en su sentir, puede ingresar en la fila de los bailarines, el cual tiene que coger las armas y salir al palenque. Allí donde la caza de cabezas es una costumbre, los niños danzan una imitación de la misma estando representado el tan codiciado objeto por medio de un coco. Cuando se ha cazado un cráneo se le ofrece en son de burla, durante el baile, betel y tabaco. Las danzas guerreras en forma de desafíos están en uso especialmente entre los alfures.

El furor por el juego es uno de los rasgos más salientes del carácter de los malayos, hasta el punto de que ellos mismos han creído necesario imponerse leyes que pusieran coto á todos los desmanes; así por ejemplo el derecho consuetudinario de los redjanges, que Marsden ha dado á conocer, prohibía bajo severas penas todos los juegos excepción hecha de las riñas de gallos. Estas tienen en ese pueblo una importancia que las coloca por encima de todos los juegos: á los grandes espectáculos de esta clase suelen asistir los príncipes con todos sus magnates. En la corte del sultán de Kutei verificanse todos los días riñas de gallos y el mismo soberano cría 60 hermosos gallos de lucha que diariamente son bañados y cebados con cuidado sumo. Por la noche reúnen las gentes para dedicarse á un juego que recuerda el de «cabeza ó escritura» ó para jugar con naipes chinos pero siempre á interés, viéndose entonces mezclados al príncipe y al proletario, al niño y al anciano. Las riñas de gallos duran, á veces, días enteros exigiendo todavía más tiempo, cuidados y dinero que las riñas mismas ajustar las contiendas, apuestas, etc., á las minuciosas leyes que regulan estas materias y que están tan profundamente arraigadas en el ánimo del pueblo que con razón ha dicho Zollinger que la publicación de las mismas sería la más perfecta reproducción del carácter social de esas gentes: el espectáculo que allí se ofrece parecese mucho al de las casas de juego y de las bolsas. El afán que por el juego sienten los malayos y que llega hasta el punto de que cualquier suceso, grande ó pequeño, es para ellos motivo para entregarse á su vicio predilecto, adquiere dobles proporciones cuando se trata de las riñas de gallos que constituyen para ellos una verdadera pasión. En estas riñas no hay que hablar de conmiseración y los dueños de los gallos les ponen espolones de acero afilados como navajas y mojados en zumo de limón para que las heridas sean más dolorosas. En el país de los battas hay cabañas construídas expresamente para estos juegos y parecidas á los «albergues de los bosques» de los alemanes: generalmente están emplazadas en los caminos concurridos y á igual distancia de dos *kamponges*. En materia de ejercicios corporales tienen los tobah-battas una especie de juego de

pelota en el cual la pelota hecha con cañas entrelazadas es arrojada con el tobillo interior del pie derecho á una altura de 10 á 12 metros.

En las cortes de los príncipes hay otros juegos que indudablemente son copiados de la India, por ejemplo los juegos de animales en los que luchan en la arena hasta tigres y rinocerontes. Esta clase de juegos florece especialmente en Java en donde tenían aun mayor esplendor antes de que los europeos tomaran posesión de la isla. Charney hace la siguiente descripción de un *rampok* ó caza de tigres en Surakarta: en el lugar del *kraton* los javaneses armados con fuertes lanzas se colocan en cuadro cada uno de cuyos lados tiene una longitud de 50 á 60 metros y está formado por cuatro filas de hombres: de éstas, las dos primeras permanecen arrodilladas y la tercera y cuarta de pie. De esta suerte se forma una impenetrable valla de puntiagudas lanzas en cuyo centro se alza la jaula de bambú cubierta de paja en donde está encerrado el tigre: la puerta de la misma está simplemente cerrada por una delgada cuerda. A una señal convenida el *gemelan* toca una melodía guerrera pero pausada y dos hombres prenden fuego á la paja por medio de una mecha. Las chispas de la hoguera que caen dentro de la jaula enfurecen al tigre el cual pretende huir rugiendo, saltando y revolviéndose dentro de su encierro hasta que las llamas llegan á la cuerda y quemada ésta se abre la puerta por donde se precipita la fiera. Como el toro cuando sale al redondel, no sabe al principio á dónde dirigirse, permaneciendo inmóvil y vacilante hasta que ve á los dos hombres que se van retirando al compás de la música y se arroja sobre ellos. Estos, empero, desaparecen detrás de la muralla de lanzas que se vuelve á cerrar inmediatamente y entonces el tigre retrocede, se agacha y haciendo un desesperado esfuerzo pretende de un salto romper la valla humana que le rodea; mas lo intenta en vano pues 20 lanzas se hunden en su pecho arrancando de él un alarido salvaje que ahogan los gritos de júbilo en que prorrumpen la multitud.

CAPÍTULO III

TRAJE, ARMAS Y OTROS OBJETOS DE LOS MALAYOS

«Con mucha mayor seguridad puede determinarse lo que estos pueblos han aprendido de la India que lo que en época más antigua inventaron y se asimilaron.»

WAITZ.

Traje. — Gradación desde los ilongotes, utes y otros pueblos análogos hasta los javaneses y formosanos. — Influencias indias y chinas. — Armas. *Kampilan* y *kris*. Arco, cerbatana, flechas. Flechas envenenadas. Lanzas. Escudo y armadura. — Construcción de viviendas. Construcciones sobre estacas. Viviendas en los árboles. — Enseres domésticos. — Agricultura. Arrozales. Fiesta de la cosecha. — Ganadería. — Caza y pesca. — Alimentación. Tabaco, betel, opio. — Industria. Industria herrera. Objetos de arcilla. Tejidos y colores. — Comercio. — Los bugis y malayos. — Moneda. — Arte malayo. — Construcciones. — Música. Danza. Juegos.

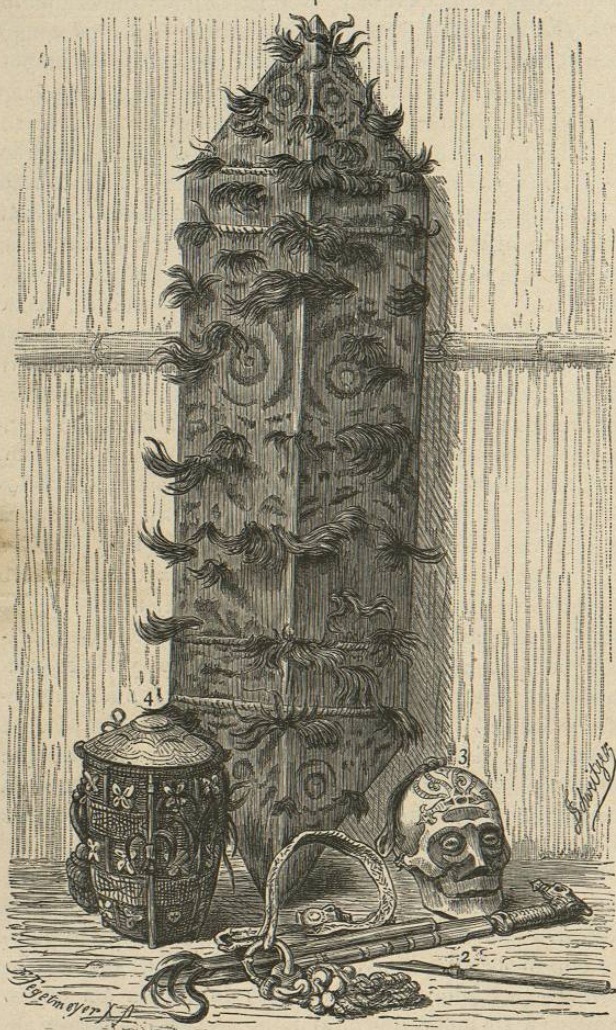
El traje de los malayos oscila entre un estado que puede calificarse de indispensablemente necesario para cubrir la desnudez y la superabundancia oriental, habiéndose también dejado sentir en esta materia las influencias india y china. El mayor grado de sencillez lo encontramos en aquellos puntos en donde la población ha sentido menos los influjos extranjeros ó en los que, como en Banka, éstos han sido contenidos por la indolencia de los indígenas. Pero ante el avance de estas influencias ha ido retrocediendo

aquel estado sencillo hasta el punto de que aun las tribus montañosas de Filipinas tan atrasadas en algunos usos y costumbres y cuyos cinturones ó suspensorios, tales como los describe A. B. Meyer hablando de Luzón, de Panay y de Cebú, apenas tapan las partes pudendas, llevan ya algunos vestidos. De los cazadores de cabezas de Luzón y de los ilongotes del distrito Príncipe — «los salvajes» como con asombro los denomina Schadenberg — dícese que su traje consiste generalmente en un cinturón de corteza ablandada á martillazos que les tapa las partes genitales y que los niños y las muchachas andan completamente desnudos hasta que llegan á la pubertad; pero al mismo tiempo sabemos que los ilongotes que viven en contacto con las vecinas aldeas cristianas se ponen, cuando han de ir á éstas, unos pantalones y una camisa y las mujeres una camisa y un *tapís*. «Es indudable — añade Schadenberg — que los ilongotes, si pudieran, irían vestidos hasta en sus rancherías porque les gustan los vestidos y saben muy bien todo el valor que tienen para resguardarles de los ardorosos rayos del sol y de los rigores del frío.» Los formosanos visten según las estaciones y el trabajo un cinturón pequeño, un rico traje con mangas especialmente usado por las mujeres, una túnica sin mangas llamada *sarong*, trozos de tela atados á las piernas á modo de botines ó una capa en forma de toga. En Borneo es en donde los trajes son más pobres, hecho que por sí solo da la medida del estado de atraso en que se encuentra la cultura en esta isla, en muchos de cuyos territorios representan todavía un papel importante las cortezas de árboles y las pieles, cuando en Sumatra hasta los vagabundos y despreciados lubus que antiguamente no llevaban más que un estrecho cinturón de corteza visten hoy todos sin excepción trajes de tela como los battas. En la época en que Marsden escribió acerca de Sumatra (1783) habíase ya iniciado en esta isla el proceso de la mejora del traje, pero las tribus del interior, como las de los redjanges y de los lamponges, que todavía vestían miserablemente, consideraban como quiméricos innovadores á los malayos que usaban trajes de tejido. Los cerameses llevan también un sencillo cinturón y una especie de suspensorios de tela de corteza y en las mujeres se nota la particularidad de que debajo de éstos aparece una faja púdica interior formada por un palito de bambú pendiente por dos lazos del cinturón.

Entre los errantes utes del Sud de Borneo, que son terribles cerbataneros, llevan hombres y mujeres el *tjavat* de alburno y cubren á menudo la parte superior de sus cuerpos con una piel de ciervo ó de pantera: usan, además, un gorro de piel adornada con plumas de la cola del pájaro nasicornio, de modo que su traje es un verdadero traje de cazador, que quizás ha contribuído á localizar en Borneo la leyenda de los hombres con cola. En la obra de Bock *Los cazadores de cabezas de Borneo*, un cazador dajake lleva su piel colocada de manera que la cola de ésta fácilmente puede ser tomada por una prolongación de la espalda humana. Los maanjanos del Sudeste de Borneo han avanzado un paso más aunque dentro del mismo material de la tela de corteza: en efecto, los hombres de esta tribu añaden al delantal una túnica sin mangas de la misma tela á la que dan el nombre de *keang*; las mujeres llevan además del *tapís* que cubre sus caderas una especie de *sarong* pequeño hecho con tejido verdadero. Los hombres de las clases acomodadas usan también la chaqueta con mangas que raras veces vemos llevar á las mujeres; éstas, en cambio, llevan una especie de jubones. Bock vió á la regia esposa de Raden Dinda, en Milán (Sudeste de Borneo), vestida con el traje malayo consistente en chaqueta con listas azules y en-

caradas y en falda ó *sarong* azul; sus vasallas, por el contrario, apenas se cubrían las partes pudendas. Con la invasión del elemento bugi en Borneo, muchos indígenas adoptaron los pantalones cortos que caracterizan á los borneanos, con tanta más facilidad cuanto que aquéllos venían haciendo desde hacía mucho tiempo el comercio de las telas que para la confección de tales prendas se necesitan.

Completamente distintas son las vestiduras que se usan en los territorios occidentales del archipiélago, á los que antiguamente llegaban muchas telas indias y chinas hoy substituidas por centenares de millares de *sarongs* (denominados *sayas* en Filipinas) de fabricación europea. Los hombres y las mujeres se visten casi por completo cuando salen de sus



Avíos de los cortadores de cabezas dajakes. - 1 Escudo con cabellos humanos. - 2 Espada y puñal. - 3 Cráneo con adornos grabados y placas de metal. - 4 Cesta para guardar un cráneo. (Museo Etnográfico, Munich). $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

casas. En Malaca, Sumatra, Java y en las pequeñas islas y en las colonias malayas de las costas de Borneo el traje consiste en el *sarong*, parecido á una falda corta y estrecha, que deja completamente destapada la pierna izquierda. Entre las tribus más civilizadas se usan además unos pantalones cortos y anchos y una chaqueta (véase el grabado de la página 580). Forman también generalmente parte del traje los pañuelos que se llevan atados á la cabeza y al cuello, las sandalias, una banda que rodea el cuerpo y un sombrero hecho con hojas ó con rótenes. Los *tobah-battas* que tienen medios para proporcionársela llevan como traje guerrero una levita de color de escarlata. Los ricos se distinguen de

los pobres por la clase de telas de sus vestidos y los ilustres de los plebeyos por el color amarillo de sus vestiduras; esto no obstante, muchas veces se prefiere el *sarong* de algodón al de seda porque con éste no se puede pedir limosna. Hay determinadas telas de seda cuyo uso está reservado á las familias reales; los adornos de brocado de oro con cadenas y anillos del mismo metal y piedras preciosas, como los que llevaba el sultán de Ternate según la descripción de Wallace, cuestan á menudo un dínar. Las mujeres no llevan las más de las veces otra cosa que el *sarong* (véase el grabado de la pág. 581) y las que poseen además una chaqueta la llevan cerrada por delante con botones ó con broches: preciosas agujas para la cabeza, cinturones, aretes y sortijas constituyen sus principales dijes; á menudo la chaqueta está excesivamente recargada de oro.

Las diferencias de estos trajes son insignificantes de comarca á comarca, consistiendo en parte en los colores, abigarrados en algunos territorios y con preferencia negros en otros como entre los malayos de Sumatra, ó bien en los adornos de plumas ó flores que se colocan en la cabeza que en algunos puntos como en Halmahera son distintos en cada aldea. Un viajero moderno hablando de esta región escribe: «¡Ay del joven que se atreve á llevar el adorno de una aldea que no fuese la suya! Inmediatamente se le arroja de ésta, y aun antiguamente era esta falta motivo de sangrientas luchas.» En las partes nortorientales de este territorio déjase sentir la influencia árabe. El traje de los isleños de las Sulus, consistente como el de los naturales de Mindanao en turbante, chaqueta, anchos pantalones y una capa parecida al albornoz, fortaleció á Pazos en la creencia de que los sulus descendían de los árabes. Los tan diseminados bugis de las Celebes se distinguen por sus cortos pantalones de tela que hacen que, como los malayos y muchos sulus, se les reconozca inmediatamente en Kutei y en Singapur. Esta prenda es probablemente legado de los chinos, cosa natural dado que en los puntos más septentrionales del archipiélago malayo, en Formosa, hemos encontrado evidentes reminiscencias chinas. El traje de los schekwanas, por ejemplo, se compone de pantalones y zapatos chinos y de una blusa muy ajustada de hilo crudo adornado en las mangas y á menudo también en las espaldas con elegantes bordados. Las mujeres llevan asimismo el traje chino pero con diferente peinado. El turbante negro es prenda muy estimada por los dos sexos; también lo llevan los chinos de Fukian entre los cuales alcanza con frecuencia proporciones ridículas por lo grandes.

En medio de todos estos trajes modernos obsérvase todavía con frecuencia un resto del traje primitivo que lleva una existencia mísera: el cinturón de corteza de los alfures de Ceram que como signo de virilidad se ceñía solemnemente á los jóvenes de quince años hase convertido entre las chaquetas de algodón y los *sarongs* en cordón sin objeto alguno. Las mujeres de los andamanes llevan debajo del traje cristiano su «hoja de higuera» que consiste en un manojito de hojas y las malayas ricas se ponen debajo del *sarong* una hoja de oro ó de plata sostenida por una cadena del mismo metal ceñida al cuerpo.

Variadísimos en extremo son los peinados. Generalmente se extirpa todo el vello del cuerpo; lo cual no significa gran cosa dada la escasez del mismo entre estas gentes. Los tagalos de Luzón llevan el cabello corto mientras que los zambalos dejan crecer un largo rizo; los antes citados schekwanas de Formosa se afeitan como los chinos la parte anterior de la cabeza y llevan el cabello recogido en un moño, en cambio sus mujeres no han adoptado el peinado chin

que ha logrado aclimatarse en Java y en Sumatra. Entre las mujeres schekwanas predomina un peinado que reaparece en las Filipinas, en las Celebes y en Borneo y que consiste en peinar los cabellos sobre la frente y recortarlos en línea recta á la altura de las cejas, quedando el resto atado en moño sobre la cerviz. Llevan estas indígenas en la cabeza un pañuelo negro cuadrado, dos de cuyas puntas caen sobre la nuca ligeramente atadas formando una especie de cofia que sombrea notablemente el rostro: las mujeres de los maanjanes del Sudeste de Borneo lo prefieren de color encarnado. Las muchachas y las casadas jóvenes se doblan el pelo recortado de la frente de modo que forme una prominencia y les caiga sobre la nuca á manera de velo.

Como abrigo para la cabeza úsase en Java un gorro de seda brillante de color blanco, azul ó negro en forma de torta ó bien un pañuelo atado en la cerviz y con las dos puntas colgando: aquél es más común en el Oeste de Java, éste en Samarang. Los atchinos y algunas tribus montañesas de Luzón llevan una gorrita especial y entre los sumatranos del interior colócanse los caudillos en la coronilla un casquete de cañas entrelazadas con bordados de oro. Las mujeres de los modangdajakes y de otras tribus borneanas llevan grandes sombreros de paja cuyas alas alcanzan á veces una longitud de un metro (véase el grabado de la pág. 584) y las tagalas cubren sus cabezas con verdaderos segmentos de círculo denominados *salaos*; en Borneo y en Luzón encontramos gorras de paja parecidas á las de los mineros. Las javanesas se recogen simplemente el cabello en un moño; las tagalas llevan su largo, brillante y negro pelo dividido en dos trenzas, arrollado á la cabeza y generalmente apretado con una venda á modo de turbante. El uso de éste está extendido por las Filipinas, por las Sulus y entre otras tribus mahometanas. En Sumatra cada provincia tiene su peinado especial, viéndose allí hombres que se dejan crecer el pelo muy largo y otros que se lo cortan muy corto. El bello sexo de las doce kotas se recoge el cabello en forma de pelota y lo envuelve en un pedazo de tela; en cambio las mujeres de las provincias contiguas se lo anudan en moño á un lado de la cabeza. Los alfures de Ceram se atan el cabello formando un tupé en el lado izquierdo de la cabeza. Entre los hombres es costumbre casi general hacerse con el cabello un fuerte nudo que tapan con un pañuelo. Los dajakes adornan sus cabelleras en los días de fiesta ó de mercado con anillos de plata y otros dijes para conquistar de esta suerte alguna beldad. En Ceram se usan altos peines de madera y en Sumatra de concha: en cuanto á los peinados de las grandes solemnidades que convierten las cabezas en promontorios de plumas, flores y hojas son en estas islas tan pintorescos como eran antiguamente en Sumatra, en donde hace 100 años los encontró Marsden quien dijo de ellos que eran mucho más exagerados que los sombreros de plumas que en aquella época usaban las europeas. Las muchachas de las Molucas adornan sus cabelleras con pieles de aves del paraíso. Las mujeres battas de Sumatra usan moños postizos que se venden también en los mercados.

El tatuaje se halla extendido entre los formosanos de una manera muy irregular; por regla general se practica con una espina al entrar en la edad viril. Los hombres suelen trazarse en la frente líneas horizontales y las mujeres se marcan de oreja á oreja y se trazan también líneas verticales. El tatuaje de las manos aparece en el interior de Formosa y casi todos los igorotes de Luzón llevan, según Hans Meyer, marcado un sol en el dorso de la mano. En muchas tribus vemos practicado el tatuaje por medio de puntos que entre los catalanganes forman figuras japonesas ó chinas.



Cesta de un cazador de cabezas dajake con medio cráneo colgado (Museo Etnográfico, Munich) Véase pág. 606.

esta forma: — Entre algunas tribus de Borneo el tatuaje en grandes proporciones corresponde únicamente á los guerreros valerosos ó á los afortunados cazadores de cabezas; otras, en cambio, más en contacto con la civilización como por ejemplo la de los milanos, han abandonado por completo el tatuaje. Bock hablando del sistema por que se practica el tatuaje en Kutei, en donde alcanza grandes proporciones, dice: «Los dibujos más difíciles son ejecutados por inteligentes especialistas que antes recortan los perfiles en madera pasando luego los dibujos á la parte del cuerpo que ha de ostentarlo; para esta última operación se valen de un trozo afilado de bambú ó de una aguja que se mojan previamente en un pigmento vegetal preparado al efecto. El procedimiento es sumamente doloroso y requiere á menudo mucho tiempo, pero los signos que por este medio se marcan son indelebles. El tatuaje se practica en los hombres al entrar en la edad viril y en las mujeres cuando están en condiciones para casarse.»

Para tomar parte en las danzas es costumbre pintarse el rostro, estando muy generalizada la de untarse la cara y las